

Medalla Eligio Ancona, 2003

Óscar González Cuevas

El 13 de septiembre de 2003 la Universidad Autónoma de Yucatán otorgó su máxima presea, la Medalla Eligio Ancona, al Dr. Óscar González Cuevas, nacido en Mérida en 1936 y egresado de la Facultad de Ingeniería de la UADY. Este es su discurso de aceptación.

Sr. Patricio Patrón Laviada, gobernador constitucional del estado de Yucatán, Sr. Dr. Raúl Godoy Montañez, rector de la Universidad Autónoma de Yucatán, distinguidos invitados, señoras y señores:

Es un honor muy especial recibir en esta ceremonia la presea más importante que otorga el gobierno del estado de Yucatán, la Medalla Eligio Ancona. Me emociona que se me confiera una distinción que poseen yucatecos distinguidísimos, a quienes siempre he admirado por su talento y sus logros científicos, profesionales o artísticos, y muchos de los cuales me honran con su amistad. Me llena de satisfacción recibirla en compañía de familiares, amigos, ex compañeros de estudio y colegas tan queridos y estimados. A todos ustedes les agradezco que me acompañen en este momento tan significativo para mí.

En circunstancias como ésta, acuden a la mente recuerdos de las distintas épocas vividas en el terruño y en los otros sitios a los que la vida me ha llevado. No podía imaginar, cuando cursaba la primaria en la Escuela Modelo, que algún día se me honraría con una medalla recibida hace algunos años por el ex modelista más distinguido, don Silvio Zavala. O que uno de mis compañeros de banca también la recibiría muy justificadamente.

En la Secundaria Adolfo Cisneros Cámara recibí conocimientos esenciales que resultaron de gran valía para mis futuros estudios. Qué orgullo haber estudiado en una escuela que



lleva el nombre de otro prohombre yucateco, representante de nuestro estado en los congresos nacionales de instrucción pública en 1889, 1890 y 1891.

Mis años en la Escuela Preparatoria y en la Facultad de Ingeniería de la entonces Universidad Nacional del Sureste y luego Universidad de Yucatán han sido inolvidables. Por cuestiones de trabajo, he sido un observador de los sistemas de educación superior, y cuando recuerdo cómo era nuestra universidad, no dejan de asombrarme las diferencias tan grandes con las universidades actuales. Todas las escuelas, con excepción de Medicina, estaban reunidas en un solo local, de gran señoría, con la posibilidad de conocer a prácticamente todos los alumnos de la Universidad. Nuestros compañeros de estudio eran también los amigos con los que nos reuníamos fuera de clase, casi siempre en el Parque Hidalgo; ahora descubre uno que los alumnos de nuestros cursos ni siquiera se conocen entre ellos. La profesionalización de la vida académica prácticamente no existía; nuestros maestros ejercían sus carreras correspondientes como actividad principal y acudían después con un espíritu generoso a dar clases vinculadas con su trabajo; ahora el porcentaje de profesores de tiempo completo en las universidades del país es aproximadamente del 30 por ciento. Los laboratorios eran escasos y con equipos rudimentarios; ahora, las escuelas tienen buenos laboratorios y la mayoría ha adquirido equipos de computación modernos y de buena capacidad. La investigación no se practicaba, excepto en institutos de investigación desvinculados de la actividad docente y en unas cuantas instituciones; ahora, se otorgan recursos económicos a las universidades para que refuercen su planta académica con profesores con posgrado que practiquen la investigación. Pero lo que nos faltaba en recursos nos sobraba en entusiasmo y buena voluntad. Siempre se encontraba alguna manera de suplir las carencias. Y la historia nos muestra que de las escuelas de esa época egresaron profesionales que han ocupado lugares destacados en sus correspondientes ámbitos de trabajo y desarrollo.

Cuando un pequeño grupo de compañeros terminamos nuestra carrera de ingeniería civil, cada uno de nosotros eli-

gió una ruta diferente para desarrollarse profesionalmente. La situación del país, muy distinta de la actual, lo permitía. Quizá por provenir de una familia de maestros, yo me decidí por la carrera académica, decisión que en ese entonces parecía un poco excéntrica. Inicié esa carrera haciendo estudios de posgrado en la UNAM, único sitio del país donde podían hacerse en ese momento, cualquiera que fuese la especialidad elegida. Ahora puedo decir, sin temor a equivocarme, que en esa ocasión mi decisión fue acertada, aun sabiendo que mis compañeros han hecho, todos ellos, carreras profesionales muy brillantes.

La vida académica, en efecto, me ha dado muchas satisfacciones. He tenido la oportunidad de participar en ella, desde distintas trincheras, pero siempre involucrado en forma total.

También he podido participar en la creación de importantes instituciones de servicio a los ingenieros y a la sociedad en general. Puedo mencionar el Instituto Mexicano del Cemento y del Concreto, la División de Educación Continua de la Facultad de Ingeniería de la UNAM y, desde luego, la más importante de todas, la Universidad Autónoma Metropolitana, en la que se me brindó la oportunidad de formar parte del equipo fundador y colaborar en el diseño y la puesta en operación de una institución que ha llegado a ocupar un lugar destacado en el panorama de la educación superior de México.

Se me presentó la ocasión de conocer y establecer las relaciones de trabajo, que muchas veces se han transformado en lazos de amistad, con personas que ocupan lugares sobresalientes en sus campos de actividad: investigadores, profesores, industriales y empresarios, profesionales de la práctica. Conocí otras maneras de ver la vida, otras ideas y enfoques, otros sistemas de trabajo, que sin duda alguna enriquecieron mis propias ideas.

Grandes satisfacciones me ha producido también el descubrir que algunas obras que he escrito le han sido de utilidad a profesores y alumnos de otras escuelas, e inclusive de otros países. Debo confesar que me lleno de orgullo cuando algún joven se me acerca en un congreso y me dice que ya me conocía a través de mis libros, o cuando en alguna conferencia me solicita uno de los asistentes que le autographe un ejemplar del texto en el que estudia.



Mantenernos actualizados en los temas que enseñamos o en nuestras áreas de investigación se supone que es una obligación para los académicos. Pero en realidad, para los verdaderos académicos, es una ocasión que no podemos desperdiciar para conocer los últimos avances y desarrollos de nuestro interés, leer libros nuevos, revisar artículos de revistas, asistir a congresos y conferencias.

Por otra parte, no quisiera dejar la impresión de que en la academia todo es tranquilidad, paz y sosiego. Por el contrario, las universidades enfrentan grandes retos y problemas monumentales. Por eso demandan de todos nosotros, no sólo los académicos sino de la sociedad toda, trabajo tenaz y permanente, creatividad, cooperación y esfuerzos. Mencionaré, aprovechando esta tribuna, algunos de los retos y problemas que me parecen más importantes en el momento actual.

Un tema que se está debatiendo actualmente, por cierto con una amplia cobertura en los medios de información, se refiere a si es suficiente la atención a la demanda de estudios superiores. Por una parte, se señala que el porcentaje de personas entre 20 y 24 años de edad que cursan algún tipo de educación superior en nuestro país, índice internacional frecuentemente usado para medir el grado de cobertura, es relativamente pequeño en comparación con el de otros países, inclusive con un grado de desarrollo similar; y que el número de profesionales en comparación con la población total, otro índice análogo, también es relativamente bajo. Además, se ha observado que la edad de la población que demanda estudios superiores ha aumentado; ya no son sólo los jóvenes que tradicionalmente asisten a las universidades, sino también población adulta que no tuvo la oportunidad o la vocación en su momento, y que ahora desea estudiar para superarse personalmente o para lograr mejores posiciones en el mercado de trabajo. Con base en estos argumentos, y observando que el porcentaje de admitidos es pequeño respecto de la demanda total, se plantea que hay una demanda insatisfecha y que el sistema de educación superior debe crecer.

Pero, por otra parte, cuando se analiza la demanda a nivel de carreras, se ve que cada vez es mayor la concentración en

unas cuantas carreras y que otras, aunque son importantes para el desarrollo del país, no atraen a los potenciales alumnos. En estas carreras, se dice, sí hay cupo y la demanda insatisfecha podría inscribirse en ellas. El absorber la demanda en las carreras tradicionales sólo aumentaría el desempleo, ya que su mercado de trabajo está saturado.

El asunto no es sencillo porque entran en juego valores como la libertad de elegir carrera, o las virtudes intrínsecas de la educación. Se ha integrado ya una comisión para estudiar el problema y hacer recomendaciones. Yo confío en que esta comisión encontrará soluciones que concilien estos criterios aparentemente opuestos. Creo que es posible. En mi opinión el sistema de educación superior debe crecer, pero cambiando sus características, ofreciendo opciones que sí atraigan a los alumnos y que a la vez contribuyan a nuestro desarrollo. Hay experiencias que demuestran que esto es factible.

La evaluación es un concepto que, en los últimos años, se ha arraigado en todas las universidades. Se ha vinculado estrechamente con la obtención de recursos económicos dirigidos a proyectos específicos, recursos que han sido de gran ayuda a instituciones a veces verdaderamente asfixiadas por limitaciones financieras. Sin embargo, creo que a veces se ha exagerado esta vinculación entre evaluación y financiamiento. De ser recursos complementarios, aquellos condicionados a la evaluación se han vuelto la fuente primaria de subsistencia. Se manejan de manera muy centralizada, y las instituciones y sus profesores tienen que dedicar un gran esfuerzo y mucho tiempo a justificar solicitudes de recursos, al llenado de formas cada vez más elaboradas, y a rendir cuentas muy detalladas. Yo creo que la evaluación y la rendición de cuentas son en general positivas, pero debemos encontrar mecanismos que no restrinjan excesivamente las iniciativas de innovación y la búsqueda de modelos distintos a los tradicionales, y que no distraigan demasiado a los profesores de sus tareas sustantivas.

Lo comentado con relación a las universidades como instituciones ha sucedido también a nivel de los profesores. Los ingresos que empezaron como complementarios y como reconocimiento a trabajos sobresalientes, son ahora los principales.



Esto ha generado una dinámica interna que hace pasar a segundo plano las prioridades institucionales que son sustituidas por los intereses personales de sus miembros, que no siempre son coincidentes. La lucha por recursos finitos ha enturbiado en muchas ocasiones las relaciones de cooperación y de trabajo en equipo entre los profesores, ya no se diga las de amistad. El tema de los ingresos del personal académico merece en mi opinión una profunda revisión.

Las instituciones de educación superior son organizaciones cada vez más complejas y difíciles de entender. Los estudiosos del tema las han interpretado de diversas maneras: como organizaciones burocráticas y formales, como organizaciones colegiadas en las que se comparte el poder, como organizaciones políticas en las que se compite por los recursos y el poder, como anarquías organizadas con metas ambiguas, como sistemas flojamente acoplados y como sistemas cibernéticos que se autorregulan. De cualquier manera, son organizaciones muy difíciles de gobernar y mantenerlas en calma, y al mismo tiempo ofrecer buenos resultados a la sociedad y lograr un ambiente agradable de trabajo; es un reto muy difícil que requiere grandes esfuerzos. Me parece que es conveniente valorar debidamente el trabajo de quienes tienen a su cargo la conducción de los trabajos universitarios y profesionalizar también la función de gestión académica, en sus diversos niveles.

Si no me equivoco, ésta es la primera ocasión en que se confiere la Medalla Eligio Ancona a un ingeniero. En este carácter, también quisiera comentar que las escuelas de ingeniería enfrentan, además de los retos y problemas anteriores, otros propios de la profesión. Mencionaré algunos que me parecen importantes.

Todos sabemos que las nuevas tecnologías de telecomunicaciones, de ciencia de materiales, de biotecnología y otras similares han cambiado la práctica de las ingenierías y han conducido a la revisión de nuestros planes de estudio. Cómo diseñar planes de estudio que conserven los conocimientos fundamentales que requiere un ingeniero, que permitan incorporar los aspectos básicos de las nuevas tecnologías, y que no alarguen la duración de las carreras es un problema difícil de resolver. Además, se nos pide, justificadamente, que desarrollemos habilidades en los alum-

nos que serán de suma importancia en su práctica profesional: trabajar en equipo, dominar algún idioma extranjero, liderazgo, comunicación, comprensión de otras culturas, comportamiento ético, creatividad. Cabe preguntarse, ¿se puede todo?, ¿qué es lo esencial? Cuando sepamos qué es lo esencial, ¿cómo enseñarlo?, ¿cómo preparar mejor a los alumnos para que al ingresar al mercado de trabajo puedan ser capacitados más eficientemente en técnicas específicas?, ¿cómo lograr que sigan estudiando de manera individual y permanente? La tarea, como se ve, no es nada fácil, y tenemos que hacerla.

Dentro del conjunto de las carreras de ingeniería, la de ingeniería civil enfrenta un problema adicional: la disminución de la matrícula. Parte del problema se origina en la contracción del mercado de trabajo, derivada de la disminución en el ritmo de construcción de la infraestructura del país. Como esta infraestructura es indispensable, pensamos que tarde o temprano, ojalá más temprano que tarde, la industria de la construcción deberá recuperarse y con esto también los puestos de trabajo para los egresados de ingeniería civil. De hecho, hay señales recientes de que esto empieza a suceder. Pero otra parte del problema radica en una percepción, a mi juicio errónea, de los aspirantes a estudios profesionales. Algunos consideran que la ingeniería civil es una actividad que no incorpora avances tecnológicos y que no presenta retos intelectuales interesantes. Nada más equivocado. La labor de hacer ver a los jóvenes que nuestra actividad profesional está llena de desafíos, que demanda conocimientos profundos de muchas disciplinas, y que podemos prestar un gran servicio a la sociedad y al país, esa tarea, repito, sí está en nuestras manos y debemos emprenderla a la brevedad posible.

Como se puede ver, en esta época compleja no basta con dominar una disciplina o un conjunto de técnicas muy específicas. Debemos ser versátiles, interesarnos por diversos campos del saber, estar al tanto de los problemas sociales. Esto sin duda demanda mucho esfuerzo. Pero qué mejor ejemplo podemos encontrar que precisamente el de don Eligio Ancona. Su inquietud intelectual lo llevó a incursionar en temas muy diversos, y en todos alcanzó los niveles más altos. Su obra novelística y teatral sigue siendo paradigma de calidad entre



los escritores, por eso se le considera una de las glorias de las letras yucatecas. Su *Historia de Yucatán* es referencia obligada entre quienes se interesan por los acontecimientos ocurridos en nuestro estado. Como abogado, llegó a ser ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Fue un periodista crítico y valiente en épocas en las que pocos se aventuraban a serlo. Y nunca rehuyó sus compromisos políticos, antes bien luchó con denuedo por el país, y por sus ideales y convicciones. Con gran orgullo recibo esta presea con el nombre de un yucateco ejemplar y digno de admiración.

Señoras y señores: al recibir este galardón, tan significativo para mí, vienen a mi memoria las instituciones y personas que me formaron, que me apoyaron en mi carrera, que me dieron oportunidad de realizarme y que han compartido conmigo momentos de éxitos y de fracasos. Mi madre y mis abuelos me dieron un gran ejemplo de lucha y trabajo. Tuve la fortuna de acudir a escuelas que me despertaron el gusto por el estudio. Me encontré con excelentes maestros, no los puedo mencionar a todos, pero quisiera citar, a riesgo de ser injusto, a uno de cada escuela por las que pasé; no por ser los únicos que dejaron en mí una profunda huella, sino como representantes de grupos de maestros en distintas etapas de mi vida, y con la idea de rendir homenaje a todos ellos: don Juan N. Cuevas en la primaria; doña Silvia Cuevas, en la secundaria; don Francisco Repetto, en la preparatoria; don Santiago Martínez, en la carrera de ingeniería, y don Emilio Rossenblueth, en el posgrado. Mi esposa Mercedes, mis hijos y ahora mis nietos han sido compañeros insustituibles a los que debo mucho de lo que soy. Reconozco y agradezco la iniciativa de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Autónoma de Yucatán, y de su director, al proponerme para la Medalla; a mi amiga Elena Gottdiener por su entusiasmo y apoyo permanente; a todos los amigos que se adhirieron a mi postulación, y al Consejo Universitario, al Jurado y al Gobierno del Estado por su generosidad al considerarme merecedor de una distinción tan relevante.

Muchas gracias a todos